

# La cura climática en “La Montaña Mágica”, de Thomas Mann

Luis MONTIEL LLORENTE

Doctor en Medicina. Profesor Titular de Historia de la Ciencia. Facultad de Medicina UCM  
Correo electrónico: montiel@med.ucm.es

## RESUMEN

Al ser la tuberculosis la enfermedad emblemática en “La montaña mágica”, la cura climática desempeña en ella un papel central. Pero, del mismo modo que, en la novela, la tuberculosis es una metáfora de otros malestares del individuo y de la sociedad y de las amenazas que pesan sobre ambos, también la cura climática alcanza en el relato un gran valor simbólico. El lugar, la meteorología, el discurrir del tiempo –de la vida– de los pacientes en unas circunstancias extraordinarias pueden, en algún caso –como el del protagonista Hans Castorp– propiciar un tipo de cura diferente, que no se detiene en lo biológico, llegando hasta lo más profundo de la persona. La maestría de Thomas Mann permite, en todo caso, acceder a ambas dimensiones de la enfermedad y de su curación.

**Palabras clave:** Medicina y literatura, enfermedad como metáfora, cura climática.

## ABSTRACT

Since tuberculosis is the emblematic disease in “The Magic Mountain”, climate cure also plays a central role in the work. But, just as in the novel tuberculosis is a metaphor for other malaises of the individual and society and of the threats that overshadow them both, climate cure also acquires great symbolic value in the story. The place, the weather, the passage of time –of life– for the patients in extraordinary circumstances may, in some cases –as in that of the protagonist Hans Castorp– bring about a different type of cure that is not merely biological, but that reaches into the innermost being of the person. Thomas Mann’s skill, in any case, allows us to access both dimensions of the disease and of its treatment.

**Keywords:** Medicine and Literature, disease as metaphor, climate cures.

## UNA ENFERMEDAD LITERARIA

A lo largo del siglo diecinueve una enfermedad probablemente tan antigua como las primeras civilizaciones alcanzó un protagonismo inédito, y no sólo en el campo de la medicina, sino en el más vasto de la cultura y el arte. La tuberculosis, antaño nombrada por sus síntomas, lo que a menudo conducía a no reconocerla como tal enfermedad –no era fácil identificar las “escrófulas”, la tumefacción de los ganglios cervicales, con la “tisis”, la consunción que lentamente conducía a la muerte –segu-

ramente ha estado presente en la historia de la humanidad desde que ésta aprendió las técnicas de la ganadería y comenzó a convivir con el ganado bovino, es decir, desde el neolítico<sup>1</sup>. Pero, en el curso del siglo diecinueve, dicha enfermedad, además de ser por fin científicamente conocida y distinguida de aquellas con las que a veces se la confundía, se convirtió en símbolo, o –con término tomado de la escritora estadounidense Susan Sontag– en metáfora<sup>2</sup>.

¡Curioso destino el de esta patología que, al tiempo en que accede a la categoría de materia científica, ingresa también en el mundo de lo simbólico y, en cierto sentido, de lo fantasmático! Pues muchos de los fantasmas, positivos y negativos, de la cultura occidental burguesa se encarnan en ella. Es tópico reconocerla como la enfermedad “romántica” por antonomasia, aunque sea mucho más realista situarla “entre el romanticismo y la decadencia” como hizo el historiador de la medicina italiano Arnaldo Cherubini<sup>3</sup>. En todo caso, el hecho de que parezca no bastar con considerarla “enfermedad infecciosa” –o, si se quiere, “contagiosa”, en el período prebacteriológico del siglo diecinueve– implica sin duda consecuencias muy serias. En nuestra perspectiva, una de las más relevantes es que se convierta, en su condición de romántica, o de decadente, en tema artístico<sup>4</sup>, y particularmente, aunque no de manera exclusiva, en tema literario. *La dama de las camelias*, de A. Dumas (hijo) constituye sin duda el ejemplo más conocido. No obstante, habría que esperar al siglo veinte para que la enfermedad encontrara al fin su definitivo monumento literario: una obra que, por otra parte –como el *Quijote* para los libros de caballerías– se convertiría en la tumba de esa vetusta concepción. Me refiero a la novela de Thomas Mann *La montaña mágica* (1924). Ciertamente es, empero, que su parentesco con la novela de Cervantes es tan estrecho como para que también en este caso la censura vertida sobre la concepción romántico-decadente de la enfermedad no sea unilateral, rescatando lo que de valioso pudiera haber en ella.

En 1912 se diagnosticó una enfermedad pulmonar, probablemente tuberculosis, a Katia, la esposa del escritor. Sin duda se trató de un caso leve, pues la paciente vivió con excelente salud hasta los noventa y seis años. Se le recomendó, según los dictados de la época, emprender una cura climática en la alta montaña, cosa que hizo en un sanatorio alpino de Davos (Suiza), al que su marido acudió a visitarla (Fig. 1). A los diez días Thomas Mann sufrió un resfriado que dio ocasión a los médicos a “invitarle” a quedarse más tiempo, y esta vez como paciente. Mann, notorio hipocondríaco, pero también buen conocedor de esta característica suya, decidió marcharse de inmediato<sup>5</sup>, pero transmitió dicha propuesta a una criatura de ficción, el joven ingeniero hamburgués Hans Castorp quien, en la novela, asciende

<sup>1</sup> BAGUENA, M. J.: La tuberculosis y su historia. Barcelona: Uriach, (s.a.), 13.

<sup>2</sup> SONTAG, S.: La enfermedad y sus metáforas. Barcelona: Muchnik, 1980.

<sup>3</sup> CHERUBINI, A.: Una malattia fra romanticismo e decadenza. Siena: Nuovo Aminta, 1975.

<sup>4</sup> PESET, J. L.: Genio y desorden. Valladolid, Cuatro ediciones, 1999.

<sup>5</sup> El propio Mann explicó la historia del origen de su novela en una conferencia impartida en la Universidad de Princeton (USA) el 10 de mayo de 1939, titulada: “Introduction to *The Magic Mountain*”. Puede encontrarse una versión castellana de la misma en: [http://www.revistaoxigen.com/Menu/Recursos/7montana\\_magica.htm](http://www.revistaoxigen.com/Menu/Recursos/7montana_magica.htm)

a la “montaña mágica” para visitar también a un familiar enfermo, en este caso a su primo Joachim Ziemssen. Con Castorp el escritor se toma las libertades que no se ha permitido a sí mismo, haciéndole permanecer siete años en el sanatorio para curarse una tuberculosis que casi con seguridad no padece, aunque también otra enfermedad más sutil y a la vez más verdadera, una dolencia del espíritu que necesita del tiempo y de la experiencia.



Fig. 1. Thomas y Katia Mann en torno a 1900 (Wikipedia, dominio público)

## LA CURA CLIMÁTICA

Mann sitúa la peripecia novelesca de Hans Castorp entre 1907 y 1914, en una época en la que aún no cabía pensar en un tratamiento antibiótico contra la tuberculosis –sin ir más lejos, porque aún no existía un solo antibiótico–, y en la que incluso se dudaba de la utilidad de cualquier tratamiento farmacológico de la enfermedad. En un texto médico de 1906 –es decir: prácticamente contemporáneo del inicio del relato– se lee: “Cada vez más se relega los medicamentos a un segundo plano en el tratamiento de la tisis pulmonar, mientras que las reglas de la higiene están cada día mejor especificadas”<sup>6</sup>. La situación no había cambiado en 1912, cuando se produjo el episodio que sirvió de punto de partida a la novela.

En cuanto a la etiología de la enfermedad, junto a un confuso magma de causas internas que se englobaban bajo el concepto de “predisposición”, la causa externa de la enfermedad ofrecía ya entonces menos dudas: se trataba del famoso “bacilo de Koch”. Pero la imposibilidad de enfrentarse de manera directa a este peligroso

---

<sup>6</sup> DAREMBERG, G.: Prefacio a la segunda edición de Chuquet, A. L’hygiène des tuberculeux. Paris: Masson. 1906, I.

huésped obligaba, si así puede decirse, a conceder una importancia comparable, si no superior, a otros factores contra los que sí se podía luchar; los factores ambientales, considerados como desencadenantes de la acción del germen en el terreno predispuesto. En tales circunstancias, la cura higiénico-climática, basada en una alimentación copiosa y de calidad y la estancia en un ambiente de aire excepcionalmente puro (Fig. 2), constituía la principal opción para quien podía permitírsela.

La terapéutica ofrecida en el Sanatorio Internacional Berghof, escenario de la novela, pretende, de este modo, ser sobre todo roborante, por medio de comidas copiosas y nutritivas, así como con la ayuda del frío y puro aire de las cumbres alpinas. De lo segundo Mann nos informa pormenorizadamente: cada habitación –las hay individuales y de matrimonio– dispone de una terraza. En ella hay una *chaise-longue* acerca de cuya comodidad se hace lenguas el protagonista, que debe servir para el reposo al aire libre, protegido si es preciso con mantas de pelo de camello y, llegado el caso –es decir: llegado el auténtico frío alpino–, dentro de un saco de piel (Fig. 3). En el interior de la habitación no hay calefacción, o si la hay, en días de frío intenso, produce un calor muy suave. ¡No por ahorrar, como se hace saber a los pacientes! No por cicatería, sino en nombre de la higiene, ya que es el frío lo que cura. Si la condición física es suficientemente buena y el estado de la enfermedad lo hace recomendable, puede desde luego practicarse el paseo, incluso la excursión, siempre con moderación en el esfuerzo.



Fig. 2. Antiguo sanatorio (hoy hotel) Schatzalp, en Davos. Mencionado en “La montaña mágica”, aún hoy conserva la estructura típica de los sanatorios para enfermos tuberculosos en la época en que transcurre la novela. (Foto del autor).



Fig. 3. El maniquí representa la etapa más significativa de la cura climática: el reposo al aire libre sobre unatípica *chaise-longue* de la época de “La montaña mágica”. (Museo de la medicina, Davos, foto del autor).

Desde nuestro privilegiado punto de vista es fácil reconocer el simbolismo, seguramente inconsciente, o sólo a medias consciente, de este peregrino tratamiento de una enfermedad infecciosa. Pues para el enfermo de aquella época lo que estaba claro es que su enfermedad tenía que ver con la respiración, con el aire que circulaba por el interior de su cuerpo, y también con la corrupción que ponían de relieve los esputos y las hemoptisis. Aire corrupto, que quizá ya lo era en el comienzo, cuando era aire contaminado de brumosas urbes industriales, al que hay que oponer otro menos denso, aún más invisible, más sutil, y helado, siendo el frío uno de los atributos de la pureza. Tal es el razonamiento que el médico jefe, doctor Behrens, ofrece al protagonista para convencerle de la necesidad de que cambie su situación de visitante por la de pensionista<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> “¿Quiere usted saber una cosa? No ha hecho usted una tontería al abandonar, por algún tiempo, a esa querida Hamburgo a su propia suerte. Es, por otra parte, una institución a la que debemos mucho, esa querida Hamburgo. Gracias a su meteorología, tan alegremente húmeda, nos proporciona cada año un bonito contingente”. Mann, Th. *Der zauberberg*. Frankfurt a.M.: Fischer, 1978, 51. Por razones de rigor metodológico prefiero dar la referencia de los textos de Mann a partir de una edición en su idioma original. Para el lector español acompañaré cada cita de la correspondiente referencia en las ediciones más accesibles en castellano: la de Mario Verdaguer (en adelante MV) en Plaza y Janés, 1988, (en este caso, MV, 52) y la de Isabel García Adán (GA) en Edhasa, 2005 (GA, 64). Acerca de la validez de las mismas puede consultarse mi trabajo titulado: “¡Señor, no, señor! Una reflexión melancólica con motivo de la nueva edición de *La montaña mágica*”. *Panacea*, VI, 21-22, pp. 390-391. ([www.medtrad.org/panacea.htm](http://www.medtrad.org/panacea.htm)).

## UNA ENFERMEDAD DEL CUERPO Y DEL ALMA

El caso es que el protagonista, hipocondríaco como su creador, resulta ser muy sensible a estas explicaciones. En las primeras páginas el escritor nos muestra su actitud timorata frente a los cambios meteorológicos que está a punto de experimentar a causa de su viaje en tren (Fig. 4) hacia las cumbres alpinas<sup>8</sup>:

Tal vez era imprudente y malsano dejarse transportar así a esas regiones extremas para él, que había nacido y estaba habituado a respirar a algunos metros apenas sobre el nivel del mar, sin haber pasado previamente algunos días en algún lugar intermedio<sup>9</sup>.

Pero es precisamente gracias a la hipocondría como podemos tender un puente entre los dos modos de comprender la enfermedad que se presentan en la novela. La enfermedad del cuerpo, la tuberculosis, sin dejar de ser considerada de manera perfectamente realista se utiliza también, como ya queda dicho, como metáfora. Y del mismo modo la cura climática presenta también un aspecto realista y otro metafórico, como Mann pone de relieve en el mismo fragmento en que nos deja ver los pensamientos de su personaje:

Dos jornadas de viaje alejan al hombre –y con mucha más razón al joven cuyas débiles raíces no han profundizado aún en la existencia– de su universo cotidiano, de todo lo que consideraba como sus deberes, sus intereses, sus preocupaciones y sus esperanzas; le alejan infinitamente más de lo que pudo imaginar en el coche que le conducía a la estación. El espacio que, girando y huyendo, se interpone entre él y su punto de procedencia, desarrolla fuerzas que se creen de ordinario permanentes. De hora en hora, el espacio determina transformaciones interiores muy semejantes a las que provoca la permanencia, pero, de alguna manera, las sobrepasan: lo mismo que el tiempo trae el olvido; pero lo hace desprendiendo al hombre de sus contingencias, para transportarlo a un estado de libertad inicial; incluso del pedante y del burgués hace, de un solo golpe, una especie de vagabundos. El tiempo, según se dice, es el Leteo. Pero el aire de las lejanías es un brebaje semejante, y si su efecto es menos radical, es en cambio mucho más rápido<sup>10</sup>.

El espacio; el cambio de lugar. Con especial sutileza comprende Mann, del mismo modo que podemos comprenderlo hoy, que la eficacia del famoso “cambio de aires” tan a menudo recomendado a algunos pacientes, en particular a los “nerviosos”, reside no tanto en las características físicas del aire nuevo cuanto en el cambio en sí, el viaje, el vagabundeo, la liberación transitoria de unas circunstan-

---

<sup>8</sup> Recientemente he tenido ocasión de escuchar la exposición de un excelente trabajo, aún inédito (se publicará en el próximo número de los *Thomas Mann Studien*) de Thomas Rütten sobre el tema *Auf den Mann'schen Eisenbahn: Die Pathogenität des Schienenverkehrs zum Zauberberg* (En el tren de Thomas Mann: la patogenicidad del tráfico ferroviario hacia la montaña mágica). La conferencia se pronunció en las *Davoser Literaturtage 2006*, jornadas literarias que cada dos años se celebran en el escenario de “La montaña mágica” para estudiar cualquier aspecto relativo a la vida y la obra de Thomas Mann.

<sup>9</sup> MANN, Th., 8; MV, 10; GA, 11.

<sup>10</sup> MANN, Th., 8; MV, 10; GA, 10.



Fig. 4. Cartel de principios de siglo con los horarios del ferrocarril Landquart-Davos, en el que viajaba Hans Castorp mientras realizaba sus hipocondríacas reflexiones (Foto del autor)

cias que han resultado al cabo del tiempo difíciles de soportar para el paciente<sup>11</sup>. Y Hans Castorp es, además, un hijo de su época, por lo que en su existencia de ficción podemos ver representada la situación de no pocos europeos de principios del siglo pasado. Incluso me atrevería a decir –de ahí la continua vigencia de “La montaña mágica”– que también representa la de muchos occidentales de estos comienzos de un nuevo siglo:

El hombre no vive únicamente su vida personal como individuo, sino que también, consciente o inconscientemente, participa de la de su época y de la de sus contemporáneos (...) El individuo quisiera tener ante sus ojos toda clase de metas, objetivos esperanzas, perspectivas, de los cuales pudiera extraer el impulso para realizar grandes esfuerzos y actividades. Pero cuando lo impersonal que le rodea, cuando la época misma, a pesar de su agitación, está en el fondo desprovista de esperanzas y

<sup>11</sup> QUÉTEL, C.; MOREL, P.: Les fous et leurs médecines de la Renaissance au XXe siècle. Paris, Hachette, 1979, 32-38.

de perspectivas, cuando se revela ocultamente desesperanzada, sin objetivos y desconcertada; cuando a la pregunta, planteada consciente o inconscientemente, pero planteada de algún modo, acerca de un último sentido, incondicionado, más allá de lo personal, de todo esfuerzo y de toda actividad, responde un silencio vacío, la actividad de un carácter recto quedará inevitablemente paralizada, y esta influencia, más allá del alma y de la moral, se extenderá hasta la parte física y orgánica del individuo<sup>12</sup>.

De nuevo asistimos aquí a la enunciación de esa sutil correspondencia entre lo corporal y lo espiritual que constituye el nervio más íntimo de la novela. A partir de este momento el lector ya sabe –si acepta el planteamiento del escritor– que cualquier tentativa de separar la tuberculosis de lo que Freud denominó “el malestar en la cultura”<sup>13</sup> no es realista, en el contexto de la novela, desde luego, entendida como un ambicioso análisis de la cultura de su tiempo; pues nada está más lejos de la intención de Thomas Mann que sentar cátedra en el dominio de la medicina psicosomática. Aunque, sin duda alguna, su planteamiento podría proponerse como tema de reflexión también en ese dominio.

## LOS METEOROS CAPRICIOSOS

Henos, pues, en Davos Platz, en compañía de nuestro compañero de viaje literario, Hans Castorp, quien todavía se considera en viaje de vacaciones. Llega al pueblo “*en pleno verano*”, lo que no entra en contradicción con la teoría de la cura climática más que parcialmente pues, como más tarde le explicará su particular pedagogo Settembrini, el tratamiento sanatorial de la tuberculosis es también un negocio, y un médico y empresario avisado ha puesto de moda no hace mucho “*la cura de verano*” (Fig. 5), lo que ha permitido al protagonista cambiar de aires al tiempo que rendía visita a su primo enfermo. Aunque no tardará en aprender de él que el clima en esas alturas es desconcertante, de manera que frecuentemente nieva en agosto<sup>14</sup>, lo que seguramente viene muy bien a la nueva estrategia publicitaria.

El hecho real de que el clima de los Grisones, la región en la que se encuentra Davos, no obedezca a las mismas normas que el resto de los territorios de habla alemana, generalmente de escasa altitud, denominados por los personajes de la novela “*Flachland*”, “el país llano”, de forma un tanto despectiva, será un elemento determinante en el recorrido terapéutico de Hans Castorp. Para quien no haya leído la novela diré que su protagonista, seducido por el ambiente de vacaciones que reina en el lugar y algo confuso, como hemos visto, respecto de su futuro –acaba de terminar sus estudios de ingeniero y, con toda lógica, debe incorporarse a una exis-

<sup>12</sup> MANN, Th., 36.MV, 37-38. GA, 45.

<sup>13</sup> Este es el título que dio a uno de los textos (*Das Unbehagen in der Kultur*, 1931) en los que aplicó el psicoanálisis a la interpretación de la historia contemporánea.

<sup>14</sup> Este mismo mes de agosto de 2006 he podido comprobar personalmente que el dato es exacto, y no una invención literaria de Thomas Mann.



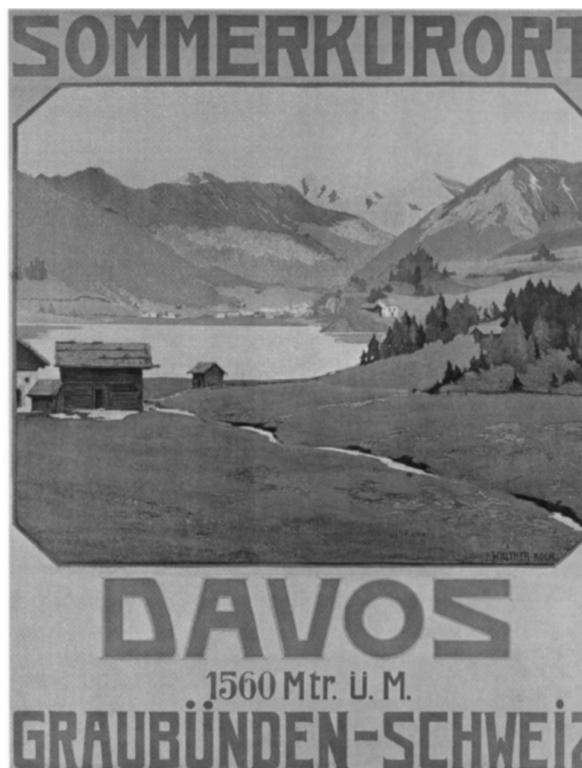


Fig. 5. Cartel anunciador de la cura de verano en Davos (Foto del autor)

tencia productiva—, terminará quedándose siete años en su “montaña mágica”, so pretexto de una incipiente tuberculosis cuya existencia real no termina de quedar del todo clara para el lector. Pero lo cierto es que Hans Castorp no está en perfectas condiciones para la vida, pues antes de asumirla en su totalidad tiene que arreglar no pocas cosas en su propio interior. Y para ello, para tomar conciencia de esa confusión y poder vivirla como algo natural, no es precisamente indeseable que la naturaleza en torno se muestre también turbulenta, confusa, impredecible. Se ha dicho hasta la saciedad que “La montaña mágica”, la obra de un burgués cualificado, era un análisis crítico de la cultura burguesa y, hasta cierto punto, una obra antiburguesa. Desde luego su protagonista se convierte, al menos de forma transitoria, de “pedante y burgués” en “vagabundo” —como acabamos de leer en una cita precedente—, lo que para Thomas Mann era uno de los sinónimos de la palabra “artista”. El hecho de que la cultura burguesa a la que Castorp representa vaya a desembocar —al final de la novela, y durante buena parte de su redacción— en la Primera Guerra Mundial, parece dar la razón al escritor en cuanto a que conviene al menos revisar los supuestos de esa cultura, si no para hacer tabla rasa —lo que nunca pretendió—, para injertarle al menos algo con lo que pueda renovarse.

Así pues, una de las primeras cosas a las que Hans Castorp ha de acostumbrarse es a lo imprevisible de la realidad circundante, y sus maestros serán los meteoros<sup>15</sup> quienes, con esa indiferencia que caracteriza a la naturaleza –indiferencia atribuida por el ser humano, pues la naturaleza no entiende de valores–, irán borrando de su mente, como el viento o las olas hacen con las figuras dibujadas en la arena de la playa, las superficiales y falsas certidumbres sobre las que edificaba su vida hasta entonces.

Una de ellas es la de estar sano. Cuando, al comienzo de su visita, su primo le presenta al doctor Krokovski, que practica el recién inventado psicoanálisis casi como una especie de entretenimiento suplementario para los pacientes, Hans se apresura a asegurar que está “completamente sano”, a lo que el médico replica, no sin ironía: “¿De verdad? ¡Entonces es usted un fenómeno completamente digno de ser estudiado! Porque yo no he encontrado nunca un hombre completamente sano”<sup>16</sup>.

## EL MUNDO MÁGICO DE LA MONTAÑA

Durante las primeras semanas el protagonista se esfuerza en reafirmar, sin duda ante sí mismo, esta convicción. Así, cuando el clima le lanza un primer aviso con una nevada en pleno agosto y se ve obligado a comprar ropa de abrigo, especialmente para poder tenderse en la *chaise-longue* en la terraza, acepta adquirir un par de mantas de pelo de camello, pero no el saco de piel que suelen usar los pensionistas del sanatorio, pues, como advierte a su primo, las mantas pueden serle útiles en cualquier otra parte, “pero si me comprara el saco de piel parecería que me instalo aquí definitivamente, que soy, en cierto modo, uno de los vuestros”<sup>17</sup>.

Efectivamente, hay toda una serie de signos distintivos para los de “aquí arriba”. Sin duda el más característico es “Enrique el azul”, “*der blaue Heinrich*”<sup>18</sup>, el frasquito que todos los pacientes deben llevar cuando salen del sanatorio para echar en él sus esputos (Fig. 6). Como sabemos, Hans Castorp dista de tener una salud perfecta, pero su enfermedad no se encuentra en los pulmones. Por eso, aun cuando el signo de su rendición a la enfermedad –y a las seducciones de la vida sanatorial– sea la ulterior compra del saco de piel, en ningún momento llevará consigo el joven un “*blaue Heinrich*”. Reflexionemos un momento sobre estos datos: es la climatología –el aire, la temperatura, la nieve– quien, insidiosamente, le lleva hacia el reconocimiento de su malestar, le hace recorrer un camino sembrado de signos y,

<sup>15</sup> No puedo dejar de mencionar aquí a otro de los escritores que más admiro, el francés Michel Tournier, autor de una interesantísima novela que lleva, precisamente, como título “Los meteoros”, en la que desarrolla un juego similar al de Thomas Mann en “La montaña mágica” entre la meteorología y las pasiones y azares que gobiernan la vida humana.

<sup>16</sup> MANN, Th. 21; MV, 22; GA, 26.

<sup>17</sup> MANN, Th. 101; MV, 100; GA, 123.

<sup>18</sup> Nombre chistoso construido a partir del título de una célebre “novela de formación” (*Bildungsroman*) del siglo XIX, “Enrique el verde” (*Der grüne Heinrich*), de Gottfried Keller.

por otra parte, se le propone como instrumento de la curación. Una vez más el papel del aire –*pneuma, spiritus*– es decisivo, como si, a través del propio lenguaje –al menos en las lenguas clásicas– se quisiera señalar que la enfermedad y la posible curación del protagonista pertenecen al dominio *espiritual*, reivindicando además la vieja sabiduría que postulaba una sutil correspondencia entre individuo y naturaleza, macro y microcosmos, materia y espíritu.

Siete años pasará Hans Castorp sometido a esta sutil influencia pedagógica de los elementos, y a la influencia no menor de algunas de las personas que le rodean. Conocerá el amor y el embrutecimiento de la pereza. Se preguntará, tendido en la terraza, contemplando el cielo nocturno en pleno invierno, “qué era la vida”<sup>19</sup>, lo que dará pie a algunas de las más apasionantes páginas de la novela, y quizá de toda la narrativa manniana. Y vivirá una situación amenazadora, inconscientemente provocada por él mismo, que resultará crucial en ese proceso educativo que es, también, un proceso terapéutico.

Una vez más es el clima quien va a actuar como maestro. Hans lleva ya mucho tiempo en el sanatorio. El mismo casi no es capaz de recordar desde cuándo se encuentra allí. Es normal que, a pesar de todas las ventajas que esa peculiar vida de vacaciones lleva consigo, de tanto en tanto surja el aburrimiento, y con él la necesidad de un cambio, de una ruptura en la monotonía de un tiempo estrictamente pautado y en general falto de novedades. La naturaleza parece haber oído el mensaje y responde como sabe:



Fig. 6. “Enrique el azul” (Museo de la medicina de Davos. Foto del autor)

<sup>19</sup> MANN, Th., 290; MV, 277; GA, 352.

En lugar del sol vino la nieve, la nieve en cantidad, en masas tan formidables que Hans Castorp no vio en su vida cosa semejante (...) Por su cantidad monstruosa, desmesurada, la nieve contribuía a solidificar la conciencia del carácter peligroso y excéntrico de aquella región. Nevaba continuamente y durante noches enteras: una nieve fina, sin torbellinos, pero nevaba. Los raros senderos practicables parecían caminos encajados entre murallas de nieve más altas que un hombre (...) pero incluso entre esas murallas se caminaba sobre un espesor de nieve bastante considerable (...) Los bancos habían desaparecido. Algún pedazo de respaldo emergía en algún punto de aquella tumba blanca. Abajo, en la aldea, el nivel de las calles se había modificado tan extrañamente que las tiendas se habían convertido en sótanos y se descendía desde la acera por medio de escalones tallados en la nieve<sup>20</sup>.

¡Sorpresa! Cuando todos esperaban el sol, una vez más, llega la nieve. Y el autor, más allá de las incomodidades físicas producidas por su presencia en cantidades ingentes, tiene interés en señalar su carácter de señal, de advertencia: “el carácter peligroso y excéntrico de esa región”, “tumba blanca”... Claro que no es eso lo que ve el huésped del sanatorio habituado a esas bromas de la meteorología, que sabe cuán cerca se encuentra su habitación, y para quien los operarios municipales han preparado algunos “senderos practicables”. Hombre de ciudad, y de temperamento algo fantástico, la imagen del pueblo nevado se le presenta bajo un aspecto bien diferente:

El aspecto del mundo era mágico, pueril y cómico. Los gruesos almohadones, formados de copos como recién batidos, que reposaban sobre las ramas de los árboles; los amontonamientos del suelo, bajo los cuales se disimulaban los arbustos y las rocas, el aspecto encogido, hundido, cómicamente disfrazado del paisaje producía todo un mundo de gnomos, como sacado de una colección de cuentos de hadas. Pero si la escena en donde uno se movía penosamente adquiría un aspecto fantástico y barroco, los lejanos fondos despertaban impresiones de grandeza y de santidad: eran la arquitectura superpuesta de los Alpes cubiertos de nieve<sup>21</sup>.

No es extraño que el capítulo del que están tomadas estas citas, así como cuanto sigue, se titule “Nieve” (Fig. 7). Como no lo es, en la perspectiva que estamos empleando, que todos los analistas de “La montaña mágica” coincidan en reconocerlo como el auténtico punto de inflexión de la novela. Hans Castorp, más allá de la mera incomodidad física, goza con la contemplación de este espectáculo gratuito, sin darse cuenta de lo que pasa por su espíritu, de lo que sólo su creador, Thomas Mann, puede dar cuenta:

Nevaba dulcemente. Todo se confundía. La mirada se movía dentro de una nada blanda, y se inclinaba fácilmente al sueño. Un estremecimiento acompañaba al sopor, pero luego no había sueño más puro que ese sueño helado, sueño que no estaba afectado por ninguna reminiscencia del peso de la vida, sueño sin sueños, porque la

---

<sup>20</sup> MANN, Th. 495; MV, 472; GA, 604-605.

<sup>21</sup> MANN, Th. 495; MV, 472-473; GA, 606.

respiración del aire rarificado, inconsistente y sin olor ya no pesaba sobre el organismo, lo mismo que la no respiración del muerto<sup>22</sup>.

En cierto sentido, el mundo cubierto por la nieve es como un espejo de la situación de ese Hans Castorp varado en la montaña mágica desde hace ya mucho tiempo. “Nada”, “sueño” y “muerte” son los conceptos fundamentales que se manejan en el fragmento precedente. Para la naturaleza el invierno no es muerte, sino catalepsia. Sueño que el deshielo fundirá también, produciendo el renacer de la primavera. ¿Y para el hombre?

## LA CURA DE INVIERNO

Ya ha quedado dicho que incluso un personaje como Hans Castorp necesita algún cambio que rompa la monotonía. La gran nevada se lo sugiere: aprenderá a esquiar. Y una vez que se sienta razonablemente seguro emprenderá una salida aventurera, más allá del pueblo y del valle, hacia la montaña y el bosque, hacia el corazón de la naturaleza alpina. Cierto es que en su ánimo no ha dejado de latir esa vena romántica que le lleva a la idealización de asuntos en sí grandiosos –la naturaleza, la enfermedad, la muerte–, pero que lo son precisamente porque llevan en sí lo terrible. Pero no es menos cierto que los años de experiencias y reflexiones han dejado alguna huella en su ánimo. De entrada, por primera vez parece descubrir ese íntimo sentimiento de correspondencia con la naturaleza al que, con el autor, denominaremos “simpatía”, en el más etimológico sentido del término. Y de la profundidad de este sentimiento da cuenta el hecho de que, también por primera vez, en él tiene cabida, junto con la idealización, la noción muy realista del peligro:

Hans Castorp experimentaba, dentro de su pecho civilizado, simpatía hacia los elementos (...) Si no se sentía en seguridad allá arriba, en la grandiosidad y el silencio de muerte de este paisaje –y ese hijo de la civilización no se sentía en su elemento– su espíritu y sus sentidos habían ya trabado conocimiento con lo enorme y con lo extraño (...) y si se podía hablar de una simpatía de Hans Castorp hacia el enorme salvajismo del invierno, es porque experimentaba, a pesar de su piadoso terror, que ese paisaje era la decoración más conveniente para madurar los complejos de sus pensamientos (...) pensamientos que concernían al estado y a la posición del *Homo Dei*<sup>23</sup>

Pero su maestra le tiene reservada una última enseñanza, una última prueba: una ventisca, en medio de la cual se pierde. Cegado por la nieve se esfuerza en vano por

<sup>22</sup> MANN, Th. 496; MV, 474; GA, 607.

<sup>23</sup> MANN, Th. 502; MV, 479; GA, 614-615. “*Homo Dei*”, el ser humano como criatura de un creador divino, es un término que Hans ha aprendido en el curso de los polémicos intercambios de pareceres entre sus pedagogos Settembrini y Naphta. En este contexto no debe tomarse como algo explícitamente religioso, sino más bien como el resultado de toda la tradición del humanismo occidental.

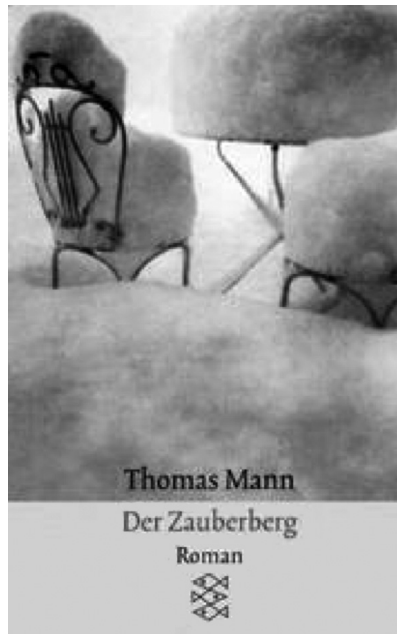


Fig. 7. Portada de una reciente edición de “La montaña mágica” en la que se hace énfasis en el importante papel simbólico de la nieve (Foto del autor)

regresar al sanatorio hasta que descubre que está describiendo círculos (Fig. 8). El frío y la fatiga, insidiosamente, le inducen a dejarse llevar, a detenerse a descansar. Pero entonces recuerda algunas de sus lecturas, en las que ha aprendido cómo se produce la muerte por congelación:

Es la conciencia alterada de alguien que se encuentra cogido en una tempestad de nieve y que no puede encontrar el camino (...) Hay fenómenos de sensibilidad disminuida, aturdimientos bienhechores (...) Pero es preciso combatirlos, pues tiene un doble aspecto, son equívocos hasta el más alto grado (...) Son provechosos y bienhechores cuando el camino está perdido para siempre, pero son malhechores y muy peligrosos, por poco que se pueda pensar en encontrar el camino, como me pasa a mí, pues mi corazón, que late tumultuosamente, no piensa en modo alguno dejarse recubrir por esta cristalometría estúpida y regular<sup>24</sup>.

Pese a estas admoniciones dirigidas a sí mismo, Hans Castorp estará a punto de sucumbir, pues el sopor le gana y durante unos instantes se queda dormido en la nieve, de pie, apoyado contra la pared de troncos de una cabaña en la que no puede entrar. En esos momentos tiene un sueño, de cuyo contenido no puedo ocuparme ahora, que le resultará revelador respecto de las dudas e incertidumbres que han

<sup>24</sup> MANN, Th. 510-511; MV, 487; GA, 624-625.

hecho de él un enfermo de una especie singular; y luego, esa voluntad de supervivencia de la que acaba de hacer gala, le despierta, salvándole la vida. Como si dijeran: “misión cumplida”, sus maestros los meteoros se retiran:

¡Abre los ojos! –se dice a sí mismo– ¡Estos son tus propios miembros, tus pies en la nieve! ¡Recógelos y ponte en pie! ¡Toma...! ¡Hace buen tiempo!<sup>25</sup>



Fig. 8. Cuno Amiet: Paisaje de nieve. Musée d’Orsay (Foto del autor)  
Cabría pensar que este pintor suizo, contemporáneo de Thomas Mann, ha querido representar la situación de Hans Castorp perdido en la nieve.

Y regresa al sanatorio. Aún tendrá que pasar algún tiempo, bastante tiempo, para que esa enseñanza produzca todos sus frutos, pero el caso es que de todos los personajes de la novela, él será el único que llegue a abandonar la “montaña mágica”<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> MANN, Th. 523; MV, 499; GA, 641.

<sup>26</sup> Más exactamente, el único de los pacientes varones, pues la mujer de la que se enamora y que contribuye en medida suma a que desee quedarse en el sanatorio, Clawdia Chauchat, no está en ningún momento retenida por la institución. Pero es que su papel en el relato es, precisamente, el que corresponde a su condición de ejemplo de la libertad bohemia y erótica que Hans Castorp teme y desea a la vez.

Para enfrentarse a un destino incierto, desde luego, pues deberá participar en la Primera Guerra Mundial; pero también para tomar parte en la auténtica vida, por dura, difícil y mezquina que pueda ser. El hecho de que Mann decida finalizar su novela de un modo tan poco optimista no debe llamar a engaño. En primer lugar, se trata de la realidad. El mismo ha escrito su novela en el marco de la guerra, y una de sus pretensiones, sin duda la más estimable, ha sido intentar comprender y hacer comprender cómo se ha llegado a esa catástrofe. Otros lo harán –es su oficio– analizando las circunstancias económicas, políticas y sociales que la han propiciado. El, como escritor y pensador, lo ha hecho –es su oficio– recreando poética y filosóficamente esas tensiones en las figuras, eminentemente creíbles, de unos personajes sin rumbo, frívolos y enfermos, que no hacen sino esperar, sépanlo o no, su propia aniquilación. Una sociedad europea, enferma, va a sucumbir víctima de una “mala fiebre”<sup>27</sup> que, en la novela, viene representada por la tuberculosis, y en la realidad por la guerra.

Pero algunos han sabido mantenerse al margen de esa “tuberculosis”, sin que ello signifique que no han hecho nada, que han perdido el tiempo, que han abandonado a la sociedad europea y al *Homo Dei* a su lamentable destino. Encerrados en un ambiente hermético, pero de paredes transparentes, no han dejado de tener a la vista cuanto sucedía a su alrededor. Han reflexionado, y la suya ha sido una reflexión dolorosa, peligrosa. Y, al llegar el impredecible momento de la maduración han vuelto con todos, al “país llano”, para traernos los frutos de esa experiencia mágica.

Bien puede decirse que la cura climática, especialmente la cura de invierno (Fig. 9), ha cumplido su papel.

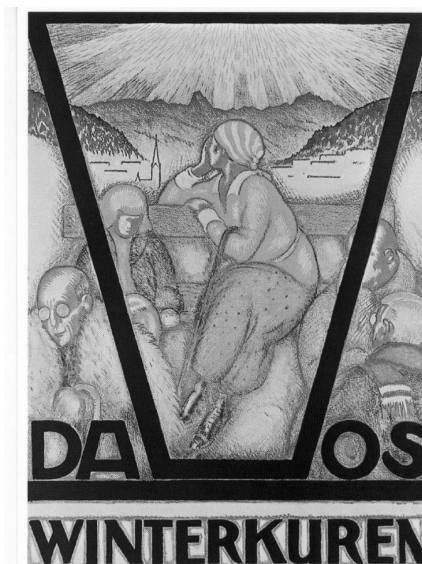


Fig. 9. Cartel anunciador de la cura de invierno en Davos (Foto del autor)

<sup>27</sup> MANN, Th. 757; MV, 703; GA, 930.